

AMÉRICA LATINA Y LA GLOBALIZACIÓN: LA HISTORIA DE UN CONFLICTO PERMANENTE

JAVIER PINEDO*

INTRODUCCIÓN

DESDE SIEMPRE HEMOS DESEADO Y RECHAZADO la modernidad, o más bien hemos propuesto versiones alternativas a ese proyecto, pues no nos sentimos cómodos en su versión original.

Por esta razón rechazamos los proyectos de unificación surgidos de la modernidad, como por ejemplo, la globalización. Aceptamos, en cambio, los proyectos de integración alternativos, con sentido solidario, católico, colectivista u otro que nos distinga de la integración capitalista, racional y laica.

Y si en nuestra historia intelectual hemos producido figuras que han intentado la integración de América Latina en un mundo único –el Inca Garcilaso, Juan Ignacio Molina, los próceres de la Independencia, las integraciones oligárquicas del siglo XIX, el neoliberalismo–, en la mayoría de estos casos resultaron integraciones fallidas.

Continuando esos dos caminos, desear la integración y rechazarla al mismo tiempo, hoy surge un mayoritario rechazo a la globalización o la postulación de un intento de globalización alternativo: ecológico, solidario, popular.

*Doctor en Literatura, director del Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Talca. E-mail: jpinedo@utalca.cl

Debido a la amplitud del tema, quiero plantear una tesis precisa: en mi opinión América Latina no ha levantado, en la actualidad, una propuesta para enfrentar el inevitable fenómeno de la globalización. Una propuesta que vaya más allá de tibios contactos económicos, del rechazo absoluto, y sobre todo de la lamentación. Dicho de otro modo: si hemos logrado relacionarnos económicamente con la globalización, a nuestro nivel de países subdesarrollados, no hemos logrado, en cambio, consolidar una propuesta cultural ni política para enfrentarla.

Esta ausencia de propuestas, y el refugio en el rechazo, se ha debido a, por lo menos, tres aspectos fundamentales que menciono sólo como una forma de contribuir a la reflexión sobre el tema:

1. Nuestra distancia respecto al proyecto moderno.
2. Nuestro temor a la desaparición del Estado.
3. Nuestra creencia que, de una u otra manera, tenemos una identidad particular, diferente e incompatible con otras identidades.

Desarrollaré brevemente estos tres puntos:

1. NUESTRA DISTANCIA RESPECTO AL PROYECTO MODERNO

Defino globalización como un fenómeno que forma parte de la modernidad: es la modernidad llevada a su extensión mundial. La modernidad es un mega y meta proyecto que, aunque nacido puramente europeo, intenta universalizarse. Lo que vivimos hoy es la globalización de ese proyecto.

Aunque algunos le otorgan a este fenómeno una fecha de inicio reciente (“... un ciclo histórico inaugurado por la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989, y la desaparición de la Unión Soviética, en diciembre de 1991”¹), es notorio que la globalización tiene un origen muy anterior en el que América está directamente involucrada.

Sin utilizar la actual palabra “globalización”, la aparición de América Latina significó el comienzo de una reducción del planeta, o al menos de un mayor y mejor conocimiento de su tamaño y límites. América significó, como se ha dicho, el establecimiento final de la “ecumene”.

La aparición de América es la prueba definitiva de una sola y única humanidad. Es el fin de las zonas desconocidas, de los misterios. La aparición de América es el triunfo de la voluntad de acercamiento entre las culturas.

Agustín Squella habla de tres momentos continuos en la globalización: la mundialización, la internacionalización y la globalización. “... si la

¹Ignacio Ramonet, “Desarmar los mercados”, en *Otro mundo es posible*, Santiago, Editorial Aún creemos en los sueños, 2001, p. 89.

mundialización descubrió y colocó las fronteras, al tiempo que la internacionalización abrió esas mismas fronteras, la globalización equivaldría a la supresión de las fronteras, a la integración de las personas desde pequeños rebaños locales a la gran manada planetaria que de pronto pareciera enfilar su marcha hacia una sola dirección (...) La mundialización sería entonces el resultado de acciones, en tanto que la internacionalización y sobre todo la globalización serían el resultado de interacciones, de interacciones restringidas en el caso de aquélla y muchísimo más amplias, expansivas y complejas en el caso de ésta. De interacciones, en fin, que dan un alcance práctico y tangible a la imagen de la mariposa que bate sus alas en la India y provoca una tormenta en el Caribe”².

Ulrich Beck, por su parte, distingue entre “globalismo”, “globalidad” y “globalización”. Asociando el primero de estos conceptos a “la ideología neoliberal que pretende suplir la acción política por el mercado mundial. La unilateralidad del globalismo económico reside en el insostenible supuesto ideológico de que la cohesión o articulación de la sociedad puede provenir exclusiva o unilateralmente de la economía o del mercado”³.

América Latina con su compleja realidad cultural, social y política, nace justamente como producto del inicio de la globalización. Pero, no nace moderna, sino incluso antimoderna, según algunos pensadores⁴. Es decir, pertenecemos a una cultura y a una política que intentaron ser universales, pero no modernas.

Esta preferencia por modelos alternativos ha hecho que América Latina haya tenido una tendencia histórica contraria a la idea de lo global. Y aunque nacimos bajo una monarquía de tendencia universal, que intentó imponer en el mundo una fe, un idioma y un Estado, sin embargo, la tendencia al localismo se manifestó tempranamente, y al otro día de la Independencia aparecen pequeñas repúblicas que dan cuenta de una tendencia contraria a lo global, opuesta a la constitución de grandes conglomerados, ya sea por la vía de los mercados, las asociaciones políticas o la integración. Un camino opuesto al que han seguido los países modernos.

²Agustín Squella, “Una idea de la globalización”, en *El impacto de la globalización en la educación superior chilena*, Santiago, Ministerio de Educación, 1998, p. 23.

³Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuesta a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998. Citado por Dorando J. Michelini, “Globalización y responsabilidad política”, en *Erasmus*, Año 1, Nº 2, 1999, p. 169.

⁴Los estudios sobre América Latina y la modernidad son numerosos. Propongo revisar los de Octavio Paz, Jorge Guzmán, Pedro Morandé, José Bengoa, entre otros. Octavio Paz al referirse a la antimodernidad alude a tres aspectos: a) la presencia de elementos no europeos en América Latina, b) el haber sido conquistada y colonizada por España y Portugal, en cuyo interior se encuentra la cultura islámica con una visión de la política que se fusiona con la religión; c) la particular versión que la cultura iberoamericana mantuvo con el Renacimiento y la Reforma. Ver, Octavio Paz, “América Latina y la democracia”, en *Tiempo nublado*, Barcelona, Sudamericana, 1983.

2. NUESTRO TEMOR A LA DESAPARICIÓN DEL ESTADO

Se ha dicho que la globalización nos obliga a redefinir los conceptos fundamentales sobre los que reposaba el edificio político y democrático levantado desde el siglo dieciocho. Conceptos como Estado, Nación, soberanía popular, identidad política, democracia, ciudadanía, son redefinidos y en ocasiones puestos en cuestión.

La mundialización financiera ha creado (...) su propio Estado. Un Estado supranacional, que dispone de sus aparatos, de sus redes de influencia y de sus propios medios de acción. (...) Este Estado mundial es un poder sin sociedad (...) y las sociedades realmente existentes son sociedades sin poder⁵.

La redefinición de estos conceptos es menos traumática en los países que lograron constituirse en naciones y que postulan a la globalidad desde una realidad nacional ya consolidada en sus ciudadanos.

En el caso latinoamericano y chileno en particular, según historiadores como Mario Góngora, esta situación se vuelve más compleja, pues nuestra característica esencial es que fuimos Estado antes de ser Nación, lo que constituyó un ciudadano limitado y con una autonomía menor respecto a la institucionalidad política y religiosa. Un ciudadano que termina por aceptar su dependencia del Estado, el que juega para siempre un rol central en su vida. Incluso, en opinión de algunos escépticos radicales, más que país fuimos un campamento.

Por ejemplo, ante la pregunta: ¿El gobierno debe velar por el bienestar de los individuos o cada individuo debe velar por su propio bienestar?⁶, en EE.UU. un 21% dice que el gobierno, contra un 64% que cada individuo. En América Latina el gobierno sube de 21 a 43, y cada individuo baja de 64 a 33, lo que prueba algo que todos sabemos: la directa relación que los individuos en América Latina mantienen con el Estado nacional, ya sea por razones laborales u otras.

Aunque, paradójicamente, se trata de individuos que tratan de aferrarse a estados económica o políticamente quebrados, en crisis, o en etapa de permanente redefinición.

Así, pues, nuestro temor a la globalización actual, además, se manifiesta en que ésta postula la idea que el Estado está parcialmente concluido, lo que sin duda trae mucha inseguridad en países con una imagen venerada del ente público, y que al mismo tiempo no ha logrado consolidarse aún. La globalización, en cambio, supone una dirección contraria con el avance de realidades supranacionales:

⁵Ignacio Ramonet, *op. cit.*, p. 89.

⁶Lucía Santa Cruz, "Individuo v/s Estado", en *El Mercurio*, 16 de abril 1998.

Muchas de las acciones políticas, por ejemplo, ya no pueden ser integradas en el marco del Estado nacional y se habla, entonces, de sociedad mundial. También se habla de formas de producción o de vida transnacionales; de crisis, catástrofes y guerras globales, etc.⁷

La necesidad de pertenecer a un Estado nacional, de festejar sus efemérides, de sentirse representado por sus autoridades, es una muestra de la realidad política básica de América Latina, y es una creencia que afecta tanto a los grandes empresarios como a los artistas de vanguardia, a los jóvenes postmodernos y a las organizaciones sociales. Las causas de tal situación son variadas y sería largo especular sobre ellas, sólo me limito a señalar que a mayor dependencia estatal, menor presencia de la sociedad civil y menor descentralización, que son aspectos fundamentales de resolver para los países latinoamericanos. La globalización se caracteriza porque las regiones interactúan entre sí, y también con la globalización. Y esto no parece comprenderse.

Un continente marcado por una gran cultura de los símbolos patrios, de las efemérides, de una determinada historia que levanta al Estado como sujeto supremo del país, y a la vez la necesidad de construir políticamente lo local y lo menor.

La pequeña patria chica, cada vez más chica, a la altura casi exclusiva de un caudillo: Uruguay y Artigas, Bolivia y Bolívar, Ecuador y Sucre, San Salvador, Guatemala, sólo se entienden en una voluntad de oposición radical a cualquier forma de integración.

Por otro lado, el Estado en América Latina ha sido hasta el presente el gran organizador de la economía, la cultura y la educación y probablemente lo siga necesariamente siendo por mucho tiempo más. Su desaparición, por tanto, trae temores.

Lo anterior hace que las crisis del Estado, como gobierno central, en un continente en el que el Estado es constitutivo y fundamental de su identidad, se conviertan en un drama permanente para amplios sectores de la población.

3. LA GLOBALIZACIÓN ATENTA CONTRA LA IDENTIDAD

Por último, me referiré al argumento probablemente más extendido de todos los que se mencionan al hablar de la relación entre América Latina y la globalización: el rechazo a ésta por la arraigada creencia de que formamos parte de una identidad o un "ethos" particular, el que se vería disminuido por el avance globalizador.

⁷Ulrich Beck, *op. cit.*, p. 169.



Artigas



Bolívar



Sucre

Las razones identitarias aluden a aspectos étnicos, sociales, religiosos, de composición familiar, etc., a través de los cuales se determina una realidad diferente a la modernidad, y que se teme perder, por el contagio con ésta.

Reconociendo esta diversidad identitaria, también se debe decir que nuestro temprano mestizaje, en el que convergen al menos tres continentes, Europa, Asia y África, es prueba, como en ninguna otra cultura, justamente de nuestra temprana globalización racial y cultural.

Sin embargo, en la imagen colectiva que los habitantes del continente americano tienen de ellos mismos, tienden a verse, en muchas ocasiones, como no mestizos, como no integrados, como simplemente “otros”. Distintos. Se podría hablar de una identidad “replegada” sobre sí misma, que teme salir al encuentro de nuevas culturas y nuevos individuos.

Los argumentos identitarios, si bien intentan contribuir a la constitución de una cultura propia, en muchos casos se refugian en una perspectiva en ocasiones exageradamente conservadora por razones religiosas (la presencia de un catolicismo popular), sociales (una pobreza aceptada), psicológicas (una mentalidad prelógica o mágica), familiares (ausencia del padre), y otras como elementos constitutivos que finalmente intentan negar nuestra posibilidad de poder ser uno más en el mundo. Negándose, además, que aunque de manera periférica pertenecemos a la cultura de Occidente.

4. ALGUNAS REFLEXIONES

Los tres argumentos mencionados me llevan a creer que la (conflictiva) relación entre América Latina y la globalización no es un tema nuevo, sino que tiene una larga historia anterior y posterior a la república, en la que se ha mirado con desconfianza participar en los procesos de integración global o, al menos, se ha optado por proyectos alternativos.

Si se revisa, aunque sea someramente, la historia del pensamiento de América Latina, se verá que sus más importantes intelectuales, es decir de aquellos creadores de visiones de mundo, se dividen casi en partes iguales entre aquellos que rechazaron cualquier forma de universalismo, y aquellos otros que pusieron su esfuerzo en la integración.

Aquellos que han intentado la inserción del continente en el resto del planeta lo han hecho desde una posición cultural: nuestra ciencia es igual a la europea (Inca Garcilaso de la Vega), nuestra inteligencia es similar al resto (Juan Ignacio Molina), o bien nuestra literatura es tan original como cualquier otra (Lastarria), o nuestra capacidad económica es igualmente similar al resto (el pensamiento neoliberal).

Pero, estos pensadores tienen su contraparte en aquellos otros que postulan sentirse más cómodos en posiciones alternativas a la modernidad,

debido a que los conceptos de ilustración, burguesía, liberalismo, capitalismo, globalización, forman un continuo inseparable, y que aplicados a nuestro caso se ve que América Latina tuvo muy poca ilustración, es decir muy poca burguesía, muy poco liberalismo, muy escaso capitalismo y, por tanto, una participación menor en la globalización.

Por eso, las aterradoras cifras con que se identifica a la globalización siempre harán carne en los pensadores latinoamericanos, por lo que es muy probable que en los años recientes sean más los pensadores que están en contra de aceptar la globalización del mundo.

Cada una de las 100 multinacionales más importantes vende más de lo que exporta cada uno de los 120 países más pobres del planeta. Y las 23 multinacionales más poderosas venden más de lo que exportan algunos gigantes del sur del planeta, como la India, el Brasil, Indonesia o México. Estas grandes firmas controlan el 70% del comercio mundial y amenazan con asfixiar o absorber a millares de pequeñas y medianas empresas del mundo⁸.

Cifras que a su vez se contrarrestan con estas otras: "A mediados de 2000, existían 2.100 millones de páginas en la red, la cual crece en 7 millones de páginas al día. Se calcula que en 2002 habrá 8 mil millones de páginas electrónicas. Las personas que consultan la red, aunque todavía una minoría concentrada en los países del norte, crece y se calcula que llegarán a los mil millones en los próximos 5 a 10 años. Hoy día en América Latina los que acceden a Internet son 13 millones y llegarán a 30 millones a fines del 2003"⁹.

En este contexto, me parece interesante observar que la distancia que mantienen los latinoamericanos respecto a la globalización se debe a que no tienen motivos reales para defenderla. ¿Por qué sectores marginales al sistema económico o político actual deberían defender el intercambio de bienes a nivel planetario, o las comunicaciones, la información y muchas veces, de paso, la sociedad civil, la integración cultural, incluso la democracia supraestatal?

La globalización vista desde la perspectiva de una cultura periférica (mapuche, musulmana, africana) se asocia con los valores tradicionales de Occidente: democracia, libertad individual, conciencia crítica, en los que muchos se sienten ajenos.

Por eso siempre habrá críticos que usufructúan de las ventajas de la globalización y al mismo tiempo la denuncian.

⁸Ignacio Ramonet, "Efectos de la globalización en los países en desarrollo", en *Otro mundo es posible*, Santiago, Editorial Aún creemos en los sueños, 2001. p. 11.

⁹José Joaquín Brünner, Clase magistral, inauguración del año académico 2001, Universidad Iberoamericana de Ciencias y Tecnología, Santiago de Chile, abril de 2001. Proyecciones de IDC. http://www.nua.ie/surveys/how_many_online/index.cgi?f=VS&art_id=905355666&rel=true

Esta contradicción (somos iguales, no somos iguales) marcará la futura historia política, cultural, social y científica de América Latina. Nuestro permanente malestar frente a la modernidad, como un proyecto al que nunca se logra alcanzar plenamente, un proyecto que se desea y se rechaza al mismo tiempo.

Es decir, los latinoamericanos no se oponen a la idea de globalización, sino a su versión actual: la mercantil y capitalista, no a la otra, la solidaria, la alternativa, la que se da entre grupos marginales.

5. CONCLUSIONES

Los tres argumentos mencionados muestran la distancia que mantiene América Latina respecto a la globalización en particular y a la modernidad en general, y me permiten señalar que si para los países modernos, la globalización en muchos sentidos es un sinónimo de lo que son, para América Latina es una forma contraria a ella misma.

Este es el drama en que hemos vivido y en que viviremos: aceptar la globalización es renegar de un pasado, una cultura, una identidad. Elegir esta última es vivir, una vez más, fuera de la historia. La solución por tanto parece ser descubrir propuestas que vayan más allá de las lamentaciones y las utopías.

Reconociendo que la globalización actual tiene muchas limitaciones, especialmente en lo relativo a la homogeneización cultural, oponerse a ella es como haberse opuesto al Renacimiento o a la Ilustración: amplios movimientos históricos ante los cuales las oposiciones nos sirven para señalar las limitaciones de estos proyectos, pero también para caracterizar a aquellos países que no participaron de estos fenómenos culturales.

El Renacimiento y la Ilustración son parciales y ofrecen una imagen limitada del mundo; pero al mismo tiempo se dice que un determinado país es como es, justamente porque no tuvo Renacimiento ni Ilustración.

Mi intención en este artículo ha sido mostrar que no constituye una solución el repliegue y he querido cuestionar también la posición crítica. Mi duda es si rechazar la globalización es una manera de proponer un modelo (eternamente) alternativo, o es sólo la manera latinoamericana de saberse incapaz de sobrevivir en el mundo real.

Mis dudas se refieren a que sin desarrollo económico, sin participación en el adelanto de las ciencias, sin integración, la identidad es sólo un "cadáver ambulante"¹⁰.

¹⁰Ver, Juan Hung Hui, "La identidad sin poderío es un cadáver andante", Revista *Universum*, Universidad de Talca, 1997.

Tampoco me convencen las argumentaciones de una identidad latinoamericana esencial, un ethos único marcado de una vez y para siempre con el que América Latina deba enfrentar la historia de la humanidad desde la posición de la permanente marginalidad.

Yo postulo que la globalización va a exigir mayor democracia y mayor participación ciudadana, también para América Latina. Pero lograrlo requiere de propuestas de nuestra parte. Y una de estas propuestas, para mí la más urgente, es la constitución de una federación de países latinoamericanos, que sería nuestra manera de enfrentar, por ejemplo, la globalización.

